

Selección de texto de "El Príncipe" Nicolás Maquiavelo

Fuente: https://es.wikisource.org/wiki/El_Pr%C3%ADncipe

CAPITULO XV

Porqué cosas los hombres, y en particular los príncipes, merecen ser alabados o vituperados.

Tratase al presente de examinar la conducta que ha de observar un príncipe con sus súbditos y con sus amigos; y aunque otros han hablado ya de esta materia, no pienso, sin embargo, que se atribuirá a presunción el atreverme a presentarla aquí de una manera diferente. Como mi objeto es escribir para aquellos que juzgan sin preocupación, hablaré de las cosas como son en la realidad, y no como el vulgo se las pinta.

Figúrase a veces la imaginación repúblicas y gobiernos que nunca han existido; pero hay una distancia tan grande del modo con que se vive al que deberíamos tener de vivir, que aquel que reputa por real y verdadero lo que sin duda debería serlo, y no lo es por desgracia, corre a una ruina segura e inevitable. Así que, no temeré decir que el que quiera ser bueno absolutamente con los que no lo son, no podrá menos de perecer tarde o temprano. Por esto el príncipe que desee serlo con seguridad, debe aprender a no ser siempre bueno, sino a ser lo que exijan las circunstancias, y el interés de su conservación.

Dejando a un lado, pues, las ideas falsas que muchos se forman de los príncipes, y deteniéndose en las que son verdaderas, digo que nunca se habla de un hombre o sujeto determinado, y en especial de un príncipe, sin atribuirle algún mérito o demérito, alguna buena o mala prenda. El uno es liberal, el otro avaro; aquel da con franqueza, este es codicioso; en una palabra, es un hombre de honor o sin fe, es afeminado y pusilánime, o valeroso y emprendedor, humano o cruel, afable o altanero, de vida arreglada o intemperante, bribón u hombre de bien; dócil, o duro y áspero, grave o alocado, religioso o impío.

Gran dicha sería a la verdad hallar un príncipe que reuniera todas las buenas prendas que he señalado; pero como nuestra naturaleza no es capaz de tanta perfección [1], es necesario a lo menos que tenga el príncipe bastante prudencia para preservarse de aquellos vicios y defectos que pudieran perderle. Debe librarse también, si le es posible, de los otros defectos menores que no pueden comprometer su seguridad ni la posesión de sus estados; mas, si fuese superior a sus fuerzas el librarse de ellos, no debe incomodarse tanto como por no incurrir en las faltas graves que causarían su ruina. Tampoco debe reparar en que se vituperen en él los vicios que son útiles para la conservación de sus estados; porque, bien meditadas las cosas, tal calidad, que parece buena y laudable, le perdería inevitablemente, y de tal otra, que parecerá mala y viciosa, dependerá su conveniencia y seguridad.

CAPITULO XVI

De la liberalidad y de la parsimonia.

Comenzando por las primeras cualidades de que acabo de hablar, confieso que es muy bueno acreditarse un príncipe de liberal; pero peligroso también ejercitar la liberalidad de manera que no sea después temido ni respetado. Voy a explicarme, Si el príncipe se muestra liberal en el grado conveniente, quiero decir, con medida y discernimiento, contentará a pocos, y será tenido por avaro. Por otra parte, un príncipe deseoso de que su liberalidad sea ponderada, no repara en ninguna clase de gastos; y para mantener esta reputación, suele luego verse obligado a cargar de impuestos a sus vasallos y a echar mano de todos los recursos fiscales, lo que no puede menos de hacerle aborrecible; fuera de que, agotado el tesoro público con su prodigalidad, no solo pierde su crédito y se expone también a perder sus estados al primer revés de la fortuna, sino que al cabo gana con sus liberalidades mayor número de enemigos que de amigos, como sucede todos los días. Lo más singular es que tampoco podrá mudar de conducta ni moderarse, sin que al instante se le tache de avaro.

Supuesto, pues, que un príncipe no puede ser liberal sino a tanta costa, haga poco caso de que le tengan por mezquino y avaro; sobre todo si, mediante la economía, logra que sus rentas alcancen a cubrir sus gastos, y que sin necesidad de echar nuevas contribuciones, se halla en disposición de defender sus estados, y aun de intentar empresas útiles.

Cuente entonces con que le tendrán por bastante liberal todos aquellos a quienes nada quite, que serán los más y los mejores, y que al contrario será siempre muy corto el número de los que le acusen de avaro, porque no les dé todo lo que piden. Es notable que en nuestros días solamente hayamos visto hacer cosas grandes a los que han tenido opinión de avaros, y que se han arruinado todos los demás. Julio II consiguió el pontificado por sus liberalidades; pero luego juzgó muy bien que, para sostener la guerra contra el rey de Francia, le serviría de poco la reputación de liberal que había adquirido; y así procuró que sus ahorros le pusieran en estado de soportar la guerra sin exigir nuevas contribuciones. El rey que ocupa hoy el trono de España [1], jamás hubiera llevado al cabo sus empresas, si hubiese hecho aprecio de lo que podrían hablar sobre su economía.

Así pues, un príncipe, para no llegar a ser pobre, para poder en caso de invasión defender sus estados y no recargar a sus súbditos con nuevos impuestos, no debe sentir que se le tenga por avaro, supuesto que en este malamente llamado vicio, consisten la estabilidad y la prosperidad de su gobierno. Se dirá acaso que César consiguió el imperio por sus liberalidades, y que otros muchos se han elevado por el ejercicio de la misma calidad; mas a esto respondo que es muy diferente el estado de un príncipe del de un hombre que aspira a serlo. Si César hubiera vivido más, o perdiera la reputación de liberal que le abrió el camino del imperio, o se hubiera perdido a sí mismo queriendo conservarla.

(...)El príncipe debe usar con economía de sus bienes y de los de sus súbditos; pero debe ser pródigo de los que tomare al enemigo, si quiere ser amado de sus tropas. No hay virtud que tanto se gaste por si misma, si puede decirse así, como la generosidad. El demasiado liberal no lo será largo tiempo, se quedará pobre y será despreciado, a menos que no sacrifique a sus súbditos con continuos tributos y demandas; y entonces se hará odioso. Nada debe temer tanto un príncipe como ser aborrecido y despreciado; y la liberalidad conduce a estos dos escollos. Si fuese necesario escoger entre dos extremos, siempre valdría mas ser poco liberal que serlo demasiado; puesto que lo primero, aun cuando sea poco glorioso, no acarrea menos, como lo segundo, el aborrecimiento y el menosprecio.

Fernando V, el Católico. (N. del T.)

CAPITULO XVII

De la crueldad y de la clemencia; y si vale más ser amado que temido.

Paso ahora a tratar de las otras calidades que se requieren en los que gobiernan. ¿No hay duda en que un príncipe debe ser clemente, pero a tiempo y con medida. César Borja fue tenido por cruel; mas a su crueldad debió las ventajas de reunir a sus estados la Romania, y de restablecer en esta provincia la paz y la tranquilidad de que se había visto privada largo tiempo. (...) No debe hacerse caso de la nota de crueldad, cuando se trata de contener al pueblo dentro de los límites de su deber porque al fin se halla que ha sido uno más humano haciendo un corto número de castigos indispensables que aquellos que, por demasiada indulgencia, provocan el desorden, de que resultan luego la rapiña y la muerte; como que los tumultos comprometen la seguridad del estado, o lo destruyen, tal paso que la pena impuesta por el príncipe a los delincuentes tan solo recae sobre algunos particulares.

Pocas veces un príncipe nuevo se salva de la nota de cruel, porque está llena de peligros toda dominación nueva (...).

No es conveniente tampoco que el príncipe tenga miedo de su sombra, ni que escuche con demasiada facilidad las relaciones siniestras que le cuenten; antes bien debe ser muy circunspecto, tanto para creer como para obrar, sin desentenderse de los consejos de la prudencia, pues hay un medio racional entre la seguridad loca y la desconfianza infundada.

Algunos políticos disputan acerca de si es mejor que el príncipe sea más amado que temido, y yo pienso que de lo uno y de lo otro necesita. Pero, como no es fácil hacer sentir en igual grado a los mismos hombres estos dos efectos, habiendo de escoger entre uno y otro, yo me inclinaría al último con preferencia. Es preciso confesar que generalmente los hombres son ingratos, disimulados, inconstantes, tímidos e interesados.

Mientras se les hace bien, puede uno contar con ellos: nos ofrecerán sus bienes, sus propios hijos, su sangre, y hasta la vida; pero, como ya tengo dicho, todo ello dura mientras el peligro está lejos, y cuando este se acerca, su voluntad y la ilusión que se tenía desaparecen al mismo tiempo. El príncipe que hiciera caudal de tan lisonjeras palabras, y no cuidará de estar preparado para cualquier evento que pudiese sobrevenir, se hallaría muy expuesto a

arruinarse; porque los amigos que se adquieren a costa de dinero, y no en virtud de las prendas del ánimo, rara vez se conservan durante los contratiempos de la fortuna; y no hay cosa más frecuente que verse uno abandonado de ellos al llegar la ocasión en que más los necesita. Generalmente se hallan los hombres más prontos a contemplar al que temen, que al que se hace amar, lo cual consiste en que siendo esta amistad una unión puramente moral o de obligación nacida de un beneficio recibido, no puede subsistir contra los cálculos del interés; en lugar de que el temor tiene por objeto el apartamiento de una pena o castigo, de cuya idea la impresión que recibe el ánimo es más profunda.

Sin embargo, el príncipe no debe hacerse temer tanto, que deje de ser amable y merezca que le aborrezcan; no siendo difícil encontrar un buen medio, y mantenerse en él. Bástale para no ser aborrecido respetar las propiedades de sus súbditos y el honor de sus mujeres.

Cuando se halle en la necesidad de imponer la pena de muerte, manifieste los motivos que tuviere, y sobre todo no toque a los bienes de los condenados, porque es preciso confesar que mas pronto olvidan los hombres la muerte de sus parientes que la pérdida de su patrimonio (...).

Pero, hallándose el príncipe al frente de su ejército y teniendo bajo sus órdenes una multitud de soldados, no debe hacer caso de que entre ellos se le tenga por cruel, respecto a que le será útil esta misma reputación para mantener la tropa en la obediencia y para evitar toda especie de facción (...).

Concluyo, pues (volviendo á mi primera cuestión acerca de si vale más ser amado que temido), que, como los hombres aman por libertad o por capricho, y por el contrario, temen según el gusto del que los gobierna, un príncipe prudente no debe contar sino con lo que está a su disposición; pero sobre todo cuide, según ya tengo advertido, de hacerse temer, sin llegar a ser aborrecible.